

humanidad; al nacer, crece esta humillacion, debiendo respirar por primera vez en un albergue de animales; sin embargo, estas acciones estaban ocultas, y sólo eran testigos de ellas Dios que las ejecutaba, y su augusta Madre; pero al penetrar por los umbrales del templo, la abyeccion á que el Verbo eterno se sacrifica, se descubre en toda su latitud; al encarnarse, hace Jesus el sacrificio de su gloria increada, pues la oculta de tal modo, que por algun tiempo se hace inferior á los ángeles; al nacer, renuncia á cuanto puede esperar el hombre en este mundo, como son las comodidades y los honores; pero al presentarse en el santuario, su sacrificio es de sangre y de tormentos. Cuantas palabras oigais al sacerdote que lo presenta en las aras, no son más que el eco del razonamiento imperceptible que pasa entre el Padre Eterno y su Hijo: más de mil años hacía que el sagrado pavimento era regado con sangre de víctimas, y ninguna fuera bastante para apagar el fuego de la ira de Dios; al entrar por primera vez en este lugar sagrado, el Salvador del mundo no pudo ménos de conmoverse, contemplando los horrendos estragos del pecado y la nulidad de las ofrendas humanas; pero entónces se cumpliera lo que diez siglos ántes cantára David al son de su lira. Jesus se dirige á su Padre, diciéndole que ya que los holocaustos por el pecado no le habian agradado, Él se presentaba dispuesto á hacer su voluntad. Desde este momento el hombre entra en la vía de la eterna salud, pues Jesus se condena á padecer hambre, frio y desnudez, y á sufrir injurias atroces, denuestos injustos, crueles persecuciones, infamias no merecidas, agonías mortales, traiciones alevosas, azotes y espinas, bofetadas y escarnios, dolores y oprobios y muerte de cruz. Ofrecido Jesus de este modo en sacrificio, se hizo, segun San Pablo, causa eficiente y primaria de nuestra salvacion, si dibujamos en nosotros mismos el cuadro de sus acciones.

Sí, amados míos: la entrada de Jesus en el templo en los brazos del sacerdote era el momento soberano escogido por Él para descubrir á toda edad, sexo y condicion que sólo hallarian en Él el principio de la felicidad. No son ya solos los ángeles, los Profetas y los pastores los que le reconocen, sino el pueblo todo; pues es publicada su venida en los atrios del Señor, donde todos se reunen para oír la relacion de las obras del Omnipotente. En el corto espacio de diez meses se ha conmovido la naturaleza por los pasmosos efectos de la llegada de este Niño, no obstante hallarse éste encerrado en el sagrado tálamo, ó confundido entre las rudas apariencias de una choza desmantelada. Ved los portentos que obra: una vírgen, es madre; una estéril, alumbró; un mudo, habla; una mujer, profetizó; un niño de seis meses da saltos de alegría dentro de la tenebrosa cárcel donde fué engendrado: el gentil lo adora, y la viuda del templo entona himnos de alegría con más entusiasmo que cuando en los dias de su juventud marchaba al himeneo coronada de flores y al sonido de las arpas. Tanto movimiento no tiene otro origen que este Niño; eran estas las primicias de su aparicion, á la cual seguirse debieran tan colmados frutos, que al verlos de antemano David, no supo cómo descifrarlos sino por medio de una hipérbole la más poética en la perspectiva, pero no ménos real y verídica en sus efectos. «Reciban, dice en cánticos de fuego; reciban los montes paz para el pueblo, y los collados justicia. El justo descenderá como la lluvia sobre el vellocino y como fecundante llovizna que gotea sobre la tierra yerma. En sus dias reinará justicia y abundancia de paz, hasta que sea quitada la luna. Lo adorarán todos los reyes de la tierra; todas las naciones le servirán; y el trigo que saldrá en la tierra, en las cimas de los montes, elevará sus espigas con lozanía y verdor como los cedros del Líbano, y florecerán los de la ciudad como las

yerbas de la tierra.» ¡Ah! Este cuadro halagüeño, circunscrito por entónces á las montañas de Judea, se extenderia á una escala inmensa desde que Jesus saliese al teatro del mundo á desempeñar el noble cargo de Maestro y Redentor de los hombres; pero su presentacion en el templo es el resúmen de todas las obras que ha de practicar, de todas las palabras que ha de decir en los dias de su predicacion. Supuesto que la ley, los Profetas y el Evangelio está cifrado en amar á Dios como á bien sumo, y á los hombres como á hermanos; supuesto que toda la grandeza del alma está comprendida en abnegarse á sí mismo, en imponerse sacrificios, en tomar la cruz y seguir al Salvador, y que todos los pasos y acciones de éste no se han de encaminar sino á imprimir estas máximas en los corazones, eliminado de ellos el amor de sí mismos, el odio á sus enemigos, la lujuria, la ambicion y la vanagloria, apénas necesitamos que se desplieguen más tarde los amorosos labios de Jesus para saberlo; la infancia de Jesus es una escuela elocuente; el templo nos anuncia que por amor nuestro ha sostenido en sus aras todo el inmenso peso de la Divinidad; que han resonado las bóvedas con los vagidos dolorosos de la víctima, y que el Justo se condena á morir para que el hombre pecador salga de la abyeccion á la nobleza, de la ignorancia á la sabiduría, de las tinieblas á la luz, de la muerte á la vida.

Hé aquí cuanto hace Jesus al ser ofrecido al Eterno Padre por el ministerio de Simeon, y pensémoslo sin preocupacion ni fanatismo: el hombre, envilecido entre los obscenos dogmas del paganismo, no podia alzarse hasta la cumbre de la gloria sino por estos medios que Jesus le presentaba desde su niñez, halagándole con grandes esperanzas para el porvenir, y demostrándole la posibilidad de la imitacion por las acciones que él practicára primero. En torno de este estandarte que Él eleva

vereis bien pronto reunirse ejércitos innumerables, compuestos de toda tribu, lengua y nacion, cuya divisa será la imitacion de Jesus. Mirad á ese apostolado: tres años le bastan al lado de Jesus para salir más heróicos que todos los grandes capitanes, más sabios que todos los filósofos, y más poderosos que todos los Monarcas. Considerad esos millones de mártires, en cuyos rangos se hallan niños, vírgenes, ancianos, literatos, rudos, pobres, ricos, generales, soldados, sacerdotes, levitas y Pontífices: todos han aprendido una ciencia desconocida; todos han salido á la arena; todos han combatido con Emperadores, Senados, prefectos, tiranos, potros, caballetes, hornos encendidos y con la misma muerte, y todos estos enemigos no son para ellos más que un monton de ruinas, en cuya cima blande cada cuál la bandera de la victoria, con más gloria que el atrevido caminante fija la señal de su arrojo sobre el cráter gigantesco de un volcan á donde ha llevado sus pasos. Contemplad esas doncellas á quienes nada faltaba en el mundo: riquezas, nobleza, hermosura, esperanzas lisonjeras, manos de príncipes, todo se reunia en su derredor, formando un conjunto deslumbrador, que las haria creer que habia en ellas algo de sobrehumano, que vestia su frente de arrogancia, que henchia su corazon, que las divinizaba á los ojos de sus adoradores; ¡ah! todo fué para ellas vileza y nada, en comparacion de otras riquezas y noblezas é himeneos más relevantes y nobles; las riquezas y la union de Jesus. ¿No veis á esos sabios que han arrugado su frente á fuerza de meditaciones, que han abrasado sus cejas á la débil luz de una linterna, que han emblanquecido sus cabellos en el estudio, que han desgastado sus manos entre los pergaminos? No tenian ántes otro anhelo que adquirir nombre de maestros del mundo, de ilustradores de la humanidad y reformadores de las costumbres; pero al aparecer Jesus, todo cambia; el incienso de

la adulacion no es ya para ellos el suave timiama que halaga el sentido, sino un fétido vapor que desvirtúa al hombre científico; se levantan de sus cátedras, rasgan sus grandes folios sofísticos, arrojan sus plumas, y se les oye decir con San Pablo: «No somos capaces de decir nada con nuestras propias luces; cuanto sabemos y decimos nos viene de Dios;» ó bien se les oye exclamar con el sublime Agustín: «¿Qué vale nuestra sabiduría, si no conseguimos con ella el verdadero bien?» Se levantan los pobres de espíritu, los necios, según el mundo, y arrebatan el reino de Dios; ¿no es verdad, amados míos? Pues bien; este ensalzamiento, estas glorias no han sabido salir á luz sino del sacrificio de Jesús, imitado por los hombres.

Hablemos á la razón, á la razón orgullosa y depravada, al hombre carnal, que constituye el engrandecimiento humano en los goces presentes; quiero que responda á la razón divina, para que quede confundido en sus aberraciones y siga otro sistema que lo haga grande y feliz. Cuando tenemos la desgracia de no pensar en Dios, echamos luego los cimientos á un edificio de grandezas temporales que nos trastornan por algunos momentos, sin acordarnos entonces que una piedrecita caerá de un elevado monte, que ha de derribar el coloso que construimos de oro, plata, bronce, hierro y lodo, es decir, de honores, de riquezas y placeres. ¿No es esto lo que hacen á los hombres grandes en el mundo? Sin riquezas, sin honores, sin saber, ¿no es verdad que no valemos nada entre los mundanos? Así es; pero esto es efecto de un error en que incurre la sociedad que no tiene por pauta el amor divino y el de sus hermanos. Sin embargo, la razón no admite en su santuario este error; por mucho que quiera penetrar en él el sofisma, y aunque haga mil conatos para denominar dicha lo que no lo es en realidad, nunca arrancará del fondo de la razón las inspiraciones

que tiene recibidas. La razón, pues, nos dice que el hombre es sólidamente grande, rico y dichoso cuando posee de un modo inalienable y dentro de sí mismo cuanto puede beatificarlo. Vedlo: el hombre es esencialmente el objeto más noble y más dichoso de las criaturas visibles, porque posee una alma racional y espiritual; hé aquí lo que hace que un hombre valga más que mil mundos materiales; podrá estar en un estado de estupidez; podrá haber perdido el uso del raciocinio; pero aún en ese estado es más grande que todos los demás seres materiales y sensibles; esta nobleza es eterna é indestructible, y reside en la esencia humana, y nadie puede arrancársela. Pero aglomerad á los lados de este hombre todos los honores, grandezas y placeres del mundo: ¿pueden hacerlo feliz? No. ¿Puede gloriarse de ellos? Méenos todavía; porque todo esto no es más que exterioridad, bienes que existen fuera de nosotros y nos son arrebatados en un momento. Consume un sabio sus días en estudios profundos: es acreedor á la estimación universal; sus producciones son otros tantos monumentos literarios; es un hombre digno de mil lauros y glorias; pero, ¿dónde residen estas consideraciones? ¿Dónde este renombre? ¿Acaso en el espíritu del sabio? Si así fuese, sería un necio; residen en el entendimiento de los demás, en el concepto del mundo voluble, cuya crítica, generalmente más rigurosa que sábia, deprime el mérito en vez de hacer justicia; reside entre algunos literatos, mientras el resto innumerable de la humanidad ignora hasta sus nombres, y en consecuencia no puede la gloria mundana hacer al hombre esencialmente grande, por ser desde luego parcial é imperfecta, y por depender del capricho de los demás. Sucede otro tanto con las riquezas que posee el hombre, que apenas sirven más que para esclavizar á su dueño, ó quizá para que otros las disfruten, y siempre para causarnos cuantiosos pesares,

pues tenemos que dejarlas forzosamente al bajar al sepulcro. No nos ilusionemos, pues, señores; así como el hombre en el orden físico es naturalmente grande y noble sobre los demás seres visibles, por tener en su alma la imagen de la Divinidad, imagen eterna é indestructible, y que no pende para su duracion de los objetos que vemos y palpamos, así su grandeza en el orden moral tampoco debe su origen ni conservacion á cosa alguna exterior y que se la pueda arrebatar. Sólo la posesion del amor divino es la suma de todo nuestro enaltecimiento, y el asiento de este amor está en lo más recóndito de nuestra alma. Sí; el reino de Dios está dentro de nosotros mismos, y claro es, como afirma el divino Pablo, que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni cosas presentes, ni venideras, ni fortaleza, ni altura, ni profundidad, ni otra criatura, podrá apartarnos del amor de Jesus, con tal que esté hondamente arraigado en nuestro corazon.

La razon natural no contradice á esta verdad; ántes la da nueva sancion; apénas hay acto alguno intelectual en el hombre que no lo confirme; vivimos entre mil ansiedades, deseamos ser felices, y despues de muchos años de trabajo para crecer en el mundo, encontramos en nuestros corazones un vacío inmenso; y ¿por qué? Responda el sublime Agustin: «Porque está inquieto nuestro corazon hasta descansar en Dios.» Miéntas no llega el momento venturoso de esta posesion, nos alimentamos de ilusiones y vivimos entre engaños; ilusion son los amores terrenos, ilusion las riquezas, ilusion los placeres, ilusion los honores, ilusion las grandezas mundanas, que nos dejan tan chasqueados como al que quisiese solazarse abrazando á una sombra que huye sin cesar.

Viera bien palpable todo esto el santo Simeon, y por eso pronunció esta admirable sentencia: «Este Niño ha de ser la causa del engrandecimiento de muchos.» Si nos-

otros amásemos á Dios con aquella afeccion noble y desinteresada de este venerable sacerdote, conoceríamos más profundamente esta verdad. Observad sus pasos; oid sus cuentos; apénas sus débiles plantas pueden sostener su encorvado cuerpo; si respira aún, es porque desea ver al único objeto de todos sus deseos. ¡Ah! Apénas ha columbrado al Sol divino que en los brazos de su madre llega al templo, da un vuelo hácia Él, más veloz que el águila cuando pretende escalar los espacios y llegar al astro que nos alumbra; lo adora, lo toma en sus brazos, y creyéndose el más grande y dichoso de cuantos habitaban en la tierra, no quiere ya ser morador de un mundo falaz; suspira por otro más feliz y duradero, y con voces tierernas, entrecortadas con suspiros y lágrimas de júbilo: «Ya, Señor, le dice; ya es tiempo que baje mi cuerpo á la tumba; ahora nada me queda que ver ni que esperar en este mundo; ahora podeis desatar ya los lazos que me detienen aquí, para que libremente pueda ir á gozar de la paz y reposo de los justos.» *Nunc dimittis servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace.*

¡Ah! Gran violencia padecería mi espíritu si quisiese hoy entregarse á la tristeza; porque, sea que eche una mirada sobre mí mismo, sea que os considere á vosotros, todo me inspira sentimientos de gozo. En cuanto á mí, toda mi alegría consiste en pertenecer al linaje escogido, al sacerdocio de Jesus; á esta clase que impone al hombre sacrificios grandes, que le cierra la puerta á los empleos, honores y consideraciones mundanas; á esta clase que no debe concurrir ni á los salones voluptuosos, ni á los espectáculos, ni á las diversiones profanas; á esta clase tan despreciada hoy en la sociedad, tan perseguida por los filósofos del siglo, tan injustamente juzgada por el mundo carnal, que no sabe ver en ella sino unos hombres vituperables, nada más que porque hay algunos que no somos lo que corresponde á nuestro ministerio, sin con-

siderar que al mismo tiempo existe un sacerdocio santo, inocente, heróico, que se sacrifica en toda la tierra por el bien de los pueblos. Sí, toda mi gloria está aquí, porque no ignoro que si á Jesus, que era santo por esencia, lo llamaron endemoniado, samaritano y bebedor de vino, con otros epítetos injuriosos, más ha de decir el mundo del sacerdocio, compuesto de hombres mortales, frágiles y revestidos de una naturaleza corrompida, siempre inclinada á lo malo, y sobre la cual no puede uno prevalecer sino á fuerza de combates repetidos, en los que vence la gracia de Dios. Pero tambien sé infaliblemente que, guardando el depósito sagrado de la fé, persistiendo en el camino empezado, no temiendo jamás al mundo enemigo de Dios, predicando la verdad á los hombres, no dejándose manchar entre los vicios y corrupcion, no teniendo apego á nada de lo que constituye la felicidad de los mundanos; yo sé, repito, que un dia ha de brillar sobre mi cabeza una corona más esplendente que todas las que el mundo pudiera darme; yo sé que en mi mano se mantendrá siempre verde la palma de la victoria, miéntras que el mundo, que hoy ataca al sacerdocio, se hallará entre horrendas mansiones, sin saber más que bramar en su desesperacion, diciendo: *Ergo erravimus*: luego hemos errado.

Tambien me lleno de entusiasmo al miraros á vosotros; pues veo realizada la profecía de Simeon. Sí, devotos congregantes de María; á los ojos del mundo podeis ser nobles, sabios y opulentos, lo que os hace dignos de consideraciones y honores; mas no es esto lo que levanta al hombre y lo enaltece esencialmente; pues estos objetos de tanto valimiento entre los hijos del siglo, son más movibles que la veleta situada en las altas flechas de las torres, y no tienen consistencia, por depender de causas segundas, que hoy existen y mañana desaparecen, sin dejar otro vestigio que el de la grande nave que con paso veloz surca las aguas del Océano. Lo que sí ensalza

al hombre, lo que le encumbra, es lo que haceis vosotros en este dia; esa fé que une en un mismo lazo á mil generaciones; esa fé que desafía á los sepulcros y pone en fraternidad perenne á los que pasaron á la region de la inmortalidad con los que aún vivimos en este valle de lágrimas; esa fé que os hace remontar á lo más secreto del mundo invisible, fijando vuestras miradas en Dios como principio de toda felicidad: hé aquí lo que os hace recomendables á los ojos del Altísimo, en cuya presencia no hay rico, ni noble, ni sabio, sino el que es rico de su amor y sábio en su temor. ¡Oh! Esa augusta Madre de Dios, á quien tanto agrada el reconocimiento y gratitud de los cristianos, no puede ménos de derramar sobre vosotros copiosas bendiciones cuando venís á postraros ante sus aras, demostrando con vuestra humillacion que sois deudores á su amor de cuanto os puede hacer grandes á los ojos de su Hijo.

Sea así, ¡oh Reina del cielo! Toda nuestra gloria estriba en ese soberano Niño que hoy presentas en el templo; somos hoy frágiles y míseros mortales; llevamos la gracia en vasos quebradizos; mas con tu proteccion y amparo esperamos ser algun dia sacerdotes y reyes de la patria celestial. Entre tanto, desde el culminoso trono donde resides, despide abundantes rayos de luz, que ilustren nuestra piedad, para que unamos al culto exterior el interior, que consiste en imitar las virtudes, de que tan asombrosos ejemplos nos dejaste; entónces estaremos ciertos de antemano de que, despues de nuestra peregrinacion, penetraremos por los átrios del cielo, entonando cánticos sin fin al que del caos de la culpa nos elevará por sus méritos á la gracia y á la gloria, que á todos deseo. En el nombre del Padre, etc.